



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100% del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

LOS FRACASADOS DE LA AVENTURA

UNA HISTORIA DE LOS AVENTUREROS INSENSATOS,
LOS PIONEROS INEPTOS, LOS NATURALISTAS INCAUTOS,
LOS EXPLORADORES CERRILES, LOS NAVEGANTES OBTUSOS,
LOS PILOTOS TEMERARIOS, LOS ALPINISTAS DESCEREBRADOS...

BRUNO LÉANDRI

ILUSTRADO POR DAVID SÁNCHEZ

TRADUCCIÓN DE TERESA LANERO LADRÓN DE GUEVARA



errata naturae

ÍNDICE

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2022
TÍTULO ORIGINAL: *Les rates de l'aventure*

© de los textos, Bruno Léandri, 2019
© de las ilustraciones, David Sánchez, 2022
© de la traducción, Teresa Lanero Ladrón de Guevara, 2022

© Errata naturae editores, 2022
C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

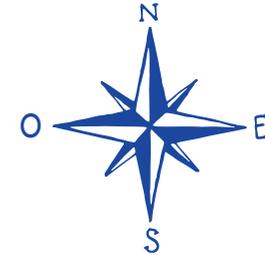
ISBN: 978-84-19158-16-1
DEPÓSITO LEGAL: M-19120-2022
CÓDIGO IBIC: WTL
DISEÑO DE PORTADA: David Sánchez
MAQUETACIÓN: Sara Pintado
IMPRESIÓN: Edelvives
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

INTRODUCCIÓN	9
LOS FRACASADOS DE LA EXPLORACIÓN	13
Marion du Fresne, <i>haka</i> del infortunio	15
El humo de Entrecasteaux	23
Percy Fawcett, de la Z a la Z	33
Raymond Maufrais y su papá	39
El sacerdocio de John Chau	47
LOS FRACASADOS DEL AIRE	49
El ala delta de Lilienthal	51
Salomon August Andrée, ¡no vayas!	55
El gran salto mortal de Reichelt	65
Laperrine, el general airbag	71
Raymond Vanier, de la palanca de mandos al palo de escoba	79

LOS FRACASADOS DEL POLO	83	LOS FRACASADOS DEL MAR	181
Los fantasmas de Franklin	85	Sobre Bisschop y los barcos de cerillas	183
El barboquejo del teniente Greely	89	<i>Los losers del Titanic</i>	191
El <i>post-it</i> de Scott	95	Thierry Dubois y viceversa	197
La prioridad de Nobile	103	Peter Blake, la cuarta señal	205
Worsley y sus imitadores	113		
LOS FRACASADOS DE LA MONTAÑA	119	LOS FRACASADOS DE LA PERIPECIA MEDIÁTICA	211
Norton casi en la cima, Dave Hahn a deshora	121	El vino peleón de Schanberg	213
Compagnoni y Lacedelli, un K2 envenenado	129	De Dieuleveult, a la caza del embrollo	219
Henry y Vincendon, ¿quién salvará a los salvadores?	137	Steve Irwin, por la cola mata el pez	225
El salto en picado de Marco Siffredi	143	«Dropped», hélice en el País de las Maravillas	231
		Los humos del Dakar	239
LOS FRACASADOS DE LA HAZAÑA CIENTÍFICA	147		
Las tribulaciones del padre Le Gentil	149		
Conrad Kilian, premio desierto	159		
José Emperaire, el Lévi-Strauss del desánimo	169		
Katia y Maurice Krafft, love escoria	175		

INTRODUCCIÓN



Qué bonita, la aventura. Estamos ahí, en nuestro salón, sentaditos al calor de nuestro cómodo sillón, con una infusión en la mano mientras en el libro o en la pantalla unos tipos hacen cosas que nos evaden de nuestra insignificante vida. Nos colocan ante todos los peligros y se enfrentan por nosotros a los mares, a las montañas, a las tormentas, a los salvajes y a los carámbanos. Son guapos y valientes, están cubiertos de un sudor viril y van mal afeitados, pero en su justa medida. Conquistaron el mundo por nosotros y encima llenan nuestras lúgubres tardes con sus historias formidables.

Pero qué agotadores son los aventureros. Siempre al pie del cañón, dispuestos a aparecer en cualquier momento, a pedirte de todo —dinero, admiración, compasión—, a hacerte ver lo miserable que eres con tu vulgar infusión en tu sillón zarrapastroso mientras el viento de la epopeya agita su cabellera ondulada. Son

los más fuertes, los más atrevidos, su existencia rica y multicolor le da mil vueltas a nuestra vida diaria vacía y remilgada.

Por eso, a veces, nos entran unas ganas locas de vengarnos de ellos. Porque a pesar de sus bellas palabras, estos héroes magníficos también se pegan leñazos, la pifian, meten la pata hasta el corvejón. Y en ese momento, de repente, se vuelven muy discretos con sus errores, enmudecen ante sus fallos, se escaquean de sus tropiezos. Cuando narran sus fracasos es solo para ensalzar sus victorias.

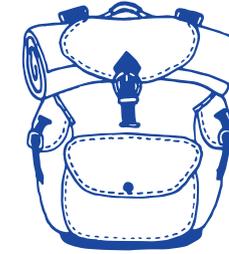
Así pues, por una vez, tomémonos la revancha: nosotros, los mediocres, los prudentes, los pusilánimes, hundámosles las narices en sus chapuzas, miremos de cerca sus calamidades, ya que las historias de sus infortunios son sin duda más disparatadas y cómicas que las de sus conquistas. Qué placer sádico ver patinar a estos superhombres, ver tropezar con la alfombra a estos conquistadores, ver sufrir reveses a estos fanfarrones, miserable gozo, pequeña venganza. ¿Y por qué? Pues porque mejor miserable y vivo que héroe y muerto.

Y es que el precio de los aventureros metepatas, de los chapuzas atrevidos, de los pioneros inútiles es, a menudo, la muerte. Eso hace que nos riamos con menos ganas. Pero hay fracasos y fracasos. Hay arrogantes calamitosos, garrulos de la aventura y cenizos crónicos a los que nos habría gustado ver ganar. Por eso, mostremos compasión y admitamos que, en el fondo, los admiramos a todos porque, de una manera u otra, nos han hecho soñar. Han sufrido por nosotros, para que vivamos sus escapadas desde

nuestro salón, repanchingados al calor de nuestro cómodo sillón, con una infusión en la mano...

P. S.: La primera pifia de este libro es haber obviado la paridad, ya que entre estas páginas no aparece casi ninguna mujer. Pero lo cierto es que para escribir este repertorio, mis indagaciones sobre los aficionados a la aventura más incierta solo me han conducido a candidatos masculinos. Por supuesto, las mujeres también han corrido riesgos insensatos, han desbarrado en la montaña, en el cielo y en tierras ignotas, pero en proporciones tan bajas con respecto a los hombres y de una manera tan discreta —podríamos decir también elegante— que ninguna anécdota descabellada les ha proporcionado la desgracia de entrar en esta galería.

LOS FRACASADOS DE LA EXPLORACIÓN



Si otorgamos el diploma de «auténtico aventurero» a los grandes exploradores que impulsaron el ansia por el descubrimiento en todos los rincones del planeta, también podemos suponer que las trayectorias que acaban en agua de borrajas son indisolubles de esta vocación, dada la cantidad de destinos trágicamente idénticos: Magallanes, Verrazzano, Cook, La Pérouse y Marion du Fresne terminaron bajo los instrumentos contundentes de algunos indígenas airados o incluso en una marmita.



MARION DU FRESNE, HAKA DEL INFORTUNIO

1772

Entre las expediciones interrumpidas repentinamente que acaban en un banquete festivo al que los héroes no están invitados más que como plato, se cita siempre la de La Pérouse (donde lo más curioso no es su propio fracaso, sino el fracaso de su rescate, como veremos más adelante). Sin embargo, se habla menos de Marion du Fresne, cuyas circunstancias a la hora de acabar de manera prematura como solemne postre son igualmente interesantes.

En principio, Marc-Joseph Marion du Fresne no tenía vocación de explorador, sino más bien de aventurero: el navegante de Saint-Malo había recorrido los mares del mundo por razones muy distintas a las del conocimiento, ya que sus dos motivaciones principales eran el dinero y la gloria. Corsario al servicio de su majestad el rey de Francia, viajante comercial en la Compañía de las Indias y traficante de esclavos cuando surgía la ocasión, asumió una misión de expedición con la que pasaría después a la historia a causa de un virus inoportuno del que ni siquiera fue víctima. Su trabajo como empleado en la Compañía de las Indias le resultaba tan gratificante que se había instalado en la «Isla de Francia», el

antiguo nombre de la isla Mauricio, muy cercana a sus intereses y al jugoso negocio de los esclavos. Y es entonces cuando el gobernador de la isla, un tipo llamado Poivre («Pimienta» en francés, ¡justo en el núcleo comercial de las especias!), le encomienda una tarea: acompañar a su lugar de origen, Tahití, a un indígena llamado Ahutoru que en ese momento estaba a su cargo. El explorador Bougainville, que se había llevado al tahitiano en su periplo alrededor del mundo en 1769, le había hecho bailar el *tamouré* y tocar el ukelele en Versalles con la promesa de devolverlo después a su tierra natal. En efecto, él lo condujo hasta el océano Índico, pero dejó el resto del trayecto en manos de aquel administrador de apellido especiado. Así pues, a Marion du Fresne le tocan la fibra de navegante y acepta la tarea, que incluye la misión accesoria de aprovechar el largo viaje hacia Oceanía para explorar varias islas australes que parecen prometedoras.

El capitán zarpa de la isla Mauricio el 18 de octubre de 1771 con su preciado pasajero al mando de dos navíos, el *Mascarin* y el *Marquis de Castries*. Pero cuando solo llevan un mes embarcados, el polinesio cae enfermo. La viruela la toma con él y, tal vez menos resistente que sus escoltas, acaba muriendo. Como el capitán ya no tiene ningún cargamento que entregar ni nada que hacer en Tahití, decide centrarse en la faceta exploratoria de la misión. Emprende un largo periplo hacia el sur del Índico y recorre las costas australianas hasta la isla de Tasmania. Allí echa el ancla para reabastecerse de agua y víveres, aunque sobre todo para reparar los dos barcos, que con la niebla se han dado un golpecito

entre ellos: ¿por qué dejar que los arrecifes hagan lo que te puedes hacer tú mismo? Pero en Tasmania la expedición no encuentra nada de lo que necesita y vuelve a partir para detenerse un poco más lejos, en una costa más acogedora, la de Nueva Zelanda, ya explorada por Cook. Estamos a 4 de mayo de 1772.

La bahía donde los barcos fondean está habitada por tribus maoríes y, desde los primeros contactos, la relación con ellas es excelente. Cálidos y amistosos, los jefes indígenas se muestran dispuestos a proporcionar todo lo que les piden los blancos y les permiten acceder a sus bosques para extraer la madera necesaria para reparar los barcos. Comienzan los arreglos, amenizados por visitas y fiestas, risas y cantos. Uno de los jefes le otorga a Marion du Fresne el título de «el mejor amigo, al que abrazo, más que a un hermano, en la vida y en la muerte», y lo eleva al rango de jefe de la tribu a su mismo nivel; en definitiva, la gran fraternidad.

Lo asombroso del drama que se avecina es la rapidez con la que los autóctonos cambian de registro. Ha pasado alrededor de un mes. La víspera, los maoríes eran todo amor y sonrisas, pero al día siguiente su mirada no expresa más que odio y recelo. Los marineros notan enseguida el cambio de actitud, pero como las reparaciones no han terminado, el capitán decide continuar como si nada, estos salvajes son unos lunáticos, piensa, ¿acaso no le han nombrado mejor amigo del jefe e incluso jefe mismo? Sin ninguna precaución particular, desembarca como siempre con un grupo de marineros; bueno, ya está bien de caras largas, ¿seguimos con la fiesta? Y una banda más numerosa les revienta la

cabeza al instante a él y a sus compañeros. Al ver que el patrón no vuelve, el capitán del segundo barco envía un bote con doce hombres para recoger víveres y averiguar las razones del retraso. Por la tarde, ve que uno de los hombres regresa herido a la nave. Sus once compañeros han sido masacrados y, si les quedaba alguna duda acerca de la suerte del capitán, los bailes amenazadores a los que se entregan los maoríes al día siguiente en la playa mientras agitan la ropa ensangrentada de Marion du Fresne se encargan de disiparla.

En realidad, el ambiente no era tan tranquilo, claro. Entre los marineros y los autóctonos se habían producido los roces habituales de otras expediciones similares, incomprensiones, arrogancia por parte de unos, pequeños robos por parte de otros, y como tensión complementaria, la cuestión de las mujeres, ante las cuales los marineros reprimidos babeaban de deseo después de meses de navegación. Pero el aumento progresivo del mal humor no parecía suficiente para romper unas relaciones que, en general, seguían siendo cordiales. La agresividad llegó de repente. ¿Qué pasó? Los testimonios de los supervivientes de la expedición son contradictorios y no nos han permitido explicar las razones concretas de este cambio tan drástico. Según parece, los marineros en tierra pudieron haber hecho caso omiso de algún tabú, pero ¿de cuál? ¿Cortar un árbol sagrado? ¿Profanar sin querer la tumba de un ancestro? ¿Pescar en aguas donde habían muerto guerreros? ¿Hablar mal de los All Blacks? Los tabúes de estos emplumados eran tan numerosos que vaya usted a saber...

El caso es que la expedición tiene que permanecer allí un mes más para terminar los arreglos en unas condiciones que ya nos imaginamos: atrincheramientos en tierra para defender a los carpinteros, trabajo día y noche en un clima de pánico, expediciones punitivas contra los maoríes para mantenerlos a raya, vigilancia armada permanente... El descubrimiento de unos restos de comida demuestra que los marineros y su jefe fueron cocinados en salsa por los isleños, cosa que tampoco suaviza mucho la atmósfera. Los dos barcos consiguen levar anclas el 12 de julio con cierto alivio y veintisiete hombres menos, y viran hacia otras tierras con tradiciones gastronómicas más pacíficas.

El resultado de la expedición de Marion du Fresne, que al final fue bastante pobre (descubrimiento de dos archipiélagos australes y exploración de las costas de Nueva Zelanda), no habría bastado para que este personaje pasara a la posteridad. Si de vez en cuando oímos hablar de él en los medios de comunicación durante estas primeras décadas del siglo XXI es por una circunstancia externa: le dio su nombre al célebre barco nodriza que asegura las rotaciones entre las Tierras Australes y Antárticas Francesas, las llamadas TAAF. Desde hace unos cinco decenios, el *Marion Dufresne* y el posterior *Marion Dufresne II* transportan materiales y personal para las invernadas en las islas Kerguelen y en las islas Crozet. Estas últimas, por cierto, llevan el nombre del segundo de a bordo en el *Mascarin*: Julien Crozet, que se libró de la barbacoa.